

Eso de llamar al pan pan y al vino vino, no es tan sólo una exigencia de sinceridad, claridad o franqueza. Es, además y ante todo, un requisito indispensable para entender. Y en eso de entender entra, de manera ejemplar, el entender filosófico.

Hace años, bastantes años, allá por los de mi primera juventud, me refirieron una historieta de cuyo alcance no me percaté entonces; lo he descubierto más tarde, bastante más tarde, casi al peinar canas.

Ante un labrador de mi tierra exhibía un estudiante recién vuelto de Alemania sus conocimientos, y le contaba con la ordinaria fatuidad del caso que los alemanes llamaban al pan *Brot*, a Dios *Got*, a la tierra *Erde*, al plato *Teller*... «Paso por todo –interrumpió– menos porque al pan lo llamen *Brot* y a la tierra *Erde*.»

Hay, en realidad de verdad, ciertas palabras que sólo se entienden bien en la lengua materna –sean muchas o pocas las lenguas que se hayan posteriormente aprendido.

El castellano comienza por llamar al pan pan, al vino vino; agua al agua, cielo al cielo, Dios a Dios y hombre al hombre. Aunque tenga el alemán bien aprendido, jamás entenderá por *Got* lo que entiende al decir Dios, ni por *Brot* lo que le suena y resuena al decir pan.

Se me hace ridículo –o, por emplear una palabra moderna, sofisticado– el que un hijo hable a su madre en una lengua que no sea la materna, y el colmo de la ridiculez y sofisticquería el que los padres hablen a sus hijos en lengua extraña, por muy bien que «crean» saberla, o haberla «aprendido», y por muy

chic que sea o se lo tenga. A no ser que unos y otros no quieran entenderse o hablarse acerca de los grandes y tremebundos temas y problemas de la vida y del mundo, sino «cocktelear», y, para esto, huyendo de aquello, buena está una lengua extraña.

Al menos por ahora la filosofía pretende hablar en serio, o en real, y entender de veras y no de mentirijillas, o con diplomáticas cockteleras.

Quien de pequeño pidió pan con la palabra pan, y le dieron pan; y el «pan nuestro de cada día» se lo dieron todos los días, y muchas veces cada día, condimentando su peculiar sabor con la palabra dicha y oída de pan, la palabra pan levantará siempre en él, al oírlo o decirla, bandada de recuerdos, no sólo apegados cual etiqueta a la palabra pan, sino ensustanciados en ella, cual su enjundia.

La palabra pan fue la única que en boca y oídos nos nació en campos de trigo, eras, siega, parva, trillos... –lugares deliciosos de sol, polvo, nidos, molino, harina...– vivido todo ello sin mediaciones, sin esos cuentos –que les contamos y resultan tales a nuestros hijos– de campos de trigo, no de avena; de trillos, casi neolíticos, de rústicas tablas con sílices y trozos de hierro, burros pacientes, botijos y siesta, cernederas, paja, grano... Sabíamos con saber de vida qué significaba eso que rezábamos: «el pan nuestro de cada día dánosle hoy, Padre Nuestro», pues sabíamos con sabiduría sabrosa qué es pan y a qué llamamos pan. Ahora muchos ignoran de qué procede el pan; pocos han visto campos de trigo; menos, podrían distinguir trigo de avena. Al pan se lo compra en el mercado, o nos lo traen a casa, ni nacido de la tierra, ni salido de nuestras manos; y por ello igual nos da, vitalmente, que se lo llame pan, que *Pain*, que *Brot*, que *Bread*... El pan no es ya un abstracto. No lo era para el labrador de mi tierra aragonesa: de tan concreto, al pan le nacía la palabra pan, y le resultaba incomprensible que al pan le pudiera nacer la palabra *Brot*.

Abstracto por abstracto, igual da pan que *Brot*. Pero al pronunciar, corriendo años y aprendiendo lenguas, la palabra *Brot*, no será nunca pan lo que entendamos por *Brot*. *Brot* carece para nosotros de timbre: de armónicos, reales y enrealizantes.

El mercado, al separar hoy en día lugar en que exhibir cosas hechas, de lugares de su producción y nacimiento de materias naturales, nos trueca las cosas de concretas en abstractas; y más adecuadamente se las designaría, digamos, con M 12-104,

M IV-23-215... que con pan, tocino, avena, lechosa, caraotas... Al pan se lo llamaría mejor M 12-104; al vino M 11-14-112...

La ciencia es más consecuente; no traduce de una lengua a otra. Crea lenguaje simbólico; y todos sabemos ya, por mal de nuestros pecados contra la vida real, a qué remiten los signos H₂O, NaCl..., sea cual fuere la lengua materna que hablemos.

A este paso, pronto resultará indiferente cuál haya sido nuestra lengua materna. Se hablará, desde la más tierna infancia, desde el *kinder*: una lengua básica –castellano básico, francés básico...–, cual ese inglés básico que nos enseñan ahora para andar por un mundo de moneda universal, por un Mundo-Mercado.

De la lengua materna recordaremos, con ambigua benevolencia, palabras cual papá y mamá –si es que ya no se las dijo en inglés básico o en americano básico, cual si fueran una gracia.

La palabra, en su estado natural, tiene timbre; no es nota de diapason, ni rayo monocromático de un láser. La filosofía, desde su nacimiento mismo, se sirvió del lenguaje natural: del griego, lengua natural, por excelencia ejemplar, pues el hombre griego fue, al llegar al ápice de su desarrollo, animal altavoz de las cosas –altavoz el más fiel que en el mundo ha sido. Y habló de todo –lo humano y lo divino, lo terrestre y lo celestial–, tan de todo que todavía estamos o comentando, desarrollando o repitiendo los temas del pensamiento y palabras griegas, hechos nosotros altavoces de tal Altavoz; amplificadores, a veces; deformadores, las más; simplificadores, casi siempre.

La filosofía comienza a libertarse de su función derivada: de la de altavoz del Altavoz, cuando un hombre se decide, o le nace, filosofar en lengua materna –no griega.

Cicerón aprendió griego, clásico aún; lengua entonces distinguida, lengua sabia. Entre sus muchas y esplendentes cualidades humanas y políticas no tuvo Cicerón la de ser sabio, sino la de filósofo en el sentido más modesto de aspirante a sabiduría. Pero supo, con clara conciencia, que filosofar ha de hacerse, para serlo real de verdad, en la lengua materna: en su latín. No pasó de traductor concienzudo, y fracasado. Se atascó en palabras nativas griegas, como *ousia*; e inventó un abstracto, no nacido ni nacible en su latín: *essentia*. Y creyó que en vez de *apófasis*, *catáfasis*, *apólansis*, podría decir sin traición y sin simplificación filtrante, negación, afirmación, juicio.

En realidad tradujo tan poco del griego como quien, en nuestros días, se propusiera tocar una sinfonía con diapasón-

nes, filtrados los timbres de los instrumentos, o reproducirnos un cuadro con los colores purísimamente monocromáticos de un conjunto de láseres.

El lenguaje filosófico griego se vuelve abstracto por obra y gracia de los romanos; pero, cuando menos, grandes trozos filosóficos de Cicerón son latín materno y en ellos el romano resulta altavoz fiel, de alta fidelidad, estereofónico, de la vida y estancia del hombre romano en su mundo real.

El lenguaje filosófico romano se volverá, de abstracto, abstruso cuando los filósofos, o aspirantes a sabios, no tengan por lengua materna ni latín ni griego, y se empeñen –dejemos de investigar el porqué– en no usar la materna.

El latín de los filósofos medievales resultara ininteligible para Cicerón, aparte de horrisimo auditivamente y aserrin sintáctico. En semejante lenguaje no hay frases bien compuestas, ni palabras con timbre. Cada palabra es pura, o sea, abstracta. Y desprendense por doquier, cual burbujas, abstractos: humanidad, animalidad, racionalidad, deidad, trinidad, causalidad, nulidad, identidad, esencialidad, sustancialidad, entidad, cantidad, cualidad, actividad, pasividad, formalidad, accidentalidad... Es la época de los universales. Tanto y tantos abstractos se forman espontáneamente en el lenguaje –y mente– cuando deja de ser materno, natural, que constituirán niebla de ideas y palabra –cual gota y gota y gota..., desprendidas de la tierra, dan eso mismo: niebla de agua.

El genio filosófico de un Tomás de Aquino o de un Escoto no habla por tal lenguaje; lo descuartiza. Platón y Aristóteles hablaron en griego, y no lo rompieron. Lo estiraban a veces para que se viera la trama de la palabra materna y a través de ella la realidad, cual nosotros lo hacemos para ver de trasluz la de una pieza de tela y su fondo real.

Al romper, más roto de lo que estaba, el latín, irrumpen por grietas de frases y se traslucen por rendijas de la sintaxis chispazos de genio de las almas de Tomás y Escoto, cristianas o sobrenaturales ya por madre: bautismo e Iglesia.

Con Descartes las lenguas maternas comienzan a ser órganos filosóficos. Latín era lengua aprendida; y, al escribir por una especie de convención social, de «chic» cultural, filosofía en latín –o matemáticas o astronomía o física...–, decaía el contenido de la filosofía real a lo poco que cabía, y cupo siempre, en el latín materno de Cicerón, sin su majestad solemne y un poco pesada, siempre rigurosa y justa de pensamiento y palabra.

Con Kant y Hegel, para citar dos nombres representativos, otra lengua materna más asciende a órgano real de filosofar sobre mundo y vida, y abandónase el latín que bien aprendido y decorosamente escrito sabían los dos y usaba uno.

El castellano no ha llegado aún a ser órgano vocal del filosofar; y debátese entre una pretendida función de altavoz de Altavoz –de traductor de Originales–, y la exigida por la perfección de una lengua materna que sabe hablar literariamente de todo –menos filosóficamente de filosofía.

El equivalente de *Kritik der reinen Vernunft* o de la *Mae-nomenologie des Geistes* no existe en castellano. El castellano es aún altavoz mediato del universo –anda mediatizado por latín, alemán, francés, inglés... Y todavía nos apuntamos por gran mérito decir vivencia por *Erlebnis*, y discutir si *Aufhebung* ha de traducirse por absorción, ascensión, eliminación, sin ponerse, jamás, ante el mundo de las cosas y fenómenos, apegarse a ellos, más que aguja de diafragma a surco de disco, y ver si nos nace palabra castellana nueva o reformamos una ya nuestra –cual el calor y presión de las montañas han reformado carbón en diamante.

Nuestra sensiblería española por la independencia se gasta en reclamar un Peñón.

¿Cuándo reclamaremos lo que hemos cedido sin más, y complacientemente cedemos: la independencia de nuestro lenguaje filosófico frente a los filósofos extranjeros, sean o no latinos?